

## Los Libros

«NOVELARIO DEL 1900» y la magia de la evocación.  
Novela de *Lautaro García*

Se teme a veces que el periodismo sea pernicioso para los escritores. Otros sostienen que el periodismo es favorable al literato. Ambas tesis tienen sus razones en pro y en contra. La necesidad de escribir todos los días, la premura de la improvisación, la necesidad de llenar las carillas con alguna emanación mental, dicen unos, van deteriorando el estilo, rebajando el nivel del arte, haciendo perder el hábito de la meditación tranquila y profunda, hasta que el gacetillero pierde calidad y es sólo un bracero de las letras. Los opositores a esta teoría aducen que la función crea el órgano, que la tarea continua pule el estilo, enriquece el caudaloso patrimonio del lenguaje, diversifica y amplía los intereses y acostumbra a enfocar el panorama humano en amplitud.

Tal vez en esto, como en todo, no se pueden dar soluciones generales, sino particulares. Entre nosotros, quienes sostienen la simbiosis del periodista y el escritor pueden abundar las pruebas. Jotabeche, Angel Pino, Galo Pando, Rafael Maluenda, Daniel de la

Vega, Joaquín Edwards, Luis Durand y tantos otros, han dosificado, en distintas proporciones, al escritor y al periodista, y han hecho labor de calidad en ambos sectores. Las soluciones particulares de este conflicto nos liberan de entrar a buscar una norma general, que no la hay y depende mucho del sentido que se tenga del periodismo y la literatura. El periodismo digno, de calidad, es un género literario tan noble como los del libro y deben llevarse a él las mejores condiciones y alcances del pensamiento. El alimento espiritual que se entrega al lector debe ser siempre cuidado.

Lautaro García presenta la hermosa dualidad del escritor y el periodista, destacado en ambos campos. Fino autor de altas comedias, ha deleitado y alzado las emociones del público con obras como «Margarita y la Crinolina», «El Vendedor de Sueños». Estas últimas una pieza admirable de finura, poética, exaltada, sonambulesca. Teatro en que la realidad y el ensueño se juntan armoniosamente, es un bello intento para incorporar la poesía a la escena y dar al teatro idealidad, vuelo lírico, sublimación, atmósfera de almas. Presentar la vida, en suma, en lo que tiene de alto e inmaterial, dejando en tierra su lastre denso y pedestre. «El Peuco» fué una obra campera de notable relieve, que dió pauta en el género en sus albores.

El cuento y la novela deben a Lautaro García sustanciales aportes. Ha ido al criollismo, llevando un espíritu abierto por los viajes y lecturas de todos los tiempos y latitudes, contemplando el asunto nativo en un vasto panorama en que todas las cosas hallan cabal valoración. El teatro y la literatura narrativa, son laboratorios experimentales de la vida, donde la rudeza y crueldad de las costumbres, la violencia

animal de las pasiones, la debilidad de los ideales y los sueños, aparecen al desnudo. Sólo después del estudio literario, después que el apóstol del bien armado de su pluma, en que emplea sus reactivos, bálsamos y ungüentos, ha sometido a sus análisis y síntesis al gran hecho de la vida, ésta puede ser corregida de sus vicios y excesos, expurgada de rutinas y convenciones.

Dentro el vasto panorama de la cultura de Lautaro García, su devoción ha ido a los grandes italianos. Pirandello, Carducci, D'Annunzio, Sabatini, se han llevado su asiduidad. Le ha seducido en especial Pirandello, explorador de originalidades, coleccionista de anomalías, archivador de caracteres, coleccionista de notarios, cornudos y torturados. Con él se ha movido a gusto en suelos insólitos y tembladerales.

«Imaginero de la Infancia» es una de las obras mejor logradas de nuestro autor. Colección de bocetos, acuarelas y aguafuertes, es un libro deleitoso, en que el autor nos lleva a los ambientes encantados de su infancia trashumante por las ciudades de Chile. Nadie puede olvidar esa semblanza del Coronel Vizcarra, veterano de cien combates vividos y soñados, figura de recia virilidad, cargada de dinamismo y tatuada de pintoresco. Vizcarra se sale de las páginas y echa a trajinar por nuestras emociones, con sus mostachos, su arrogancia, su apostura de la campaña del Pacífico, que acorazan un tierno corazón de niño.

Ahora Lautaro nos entrega su «Novelario del 1900». Obra saturada de evocaciones de la infancia, es gemela del «Imaginero». Fruto de la madurez, es más general y honda que su primigenia. Ya no se trata de cuadros aislados, sino de un gran fresco que abarca toda una etapa de la chilenidad. El artista golpea con

la varilla mágica de su estilo, y sale de su reposo yacente toda una edad, que se va desvaneciendo en la memoria de quienes la vivieron. El poeta deroga el tiempo, hace andar a su voluntad la máquina de las edades, altera la máquina celeste, hace remontar sus cursos a los astros y trae a la presencia del pensamiento la época que eligió su amor en el curso interminable.

El prólogo del «Novelario» es una página maestra, una divagación inspirada sobre la alquimia de las evocaciones, una melodía sobre la imaginación, que crea mundos nuevos sobre los mundos de la realidad y dilata el imperio del alma humana. La imaginación embellece todo lo que toca. Es la facultad que debemos desarrollar sin timidez ni mezquindades, porque ella idealiza el pasado y el futuro. Sólo en el presente escolla con los obstáculos pesados de la materialidad. Pero aun esto va siendo derogado por la magia del arte, pues tiene el poder de habitar en el plano de las esencias y no herirse en las espinas y abrojos del hoy. La imaginación ubicó el Paraíso en un pasado remoto, el origen de los tiempos, y cuando se comprobó que el pasado eran el salvaje y el animal, la imaginación arrojó el Paraíso al misterio del porvenir. Nuestra labor consiste en acercarlo y hacerlo realidad de nuestros días.

En el áureo umbral de la centuria la vida parecía llevar un ritmo lánguido, señorial, aletargado y suave. La vida de la sociedad era plácida y serena. El pueblo vivía peor que hoy. Pero no había despertado y no amenazaba a los usufructuarios del orden social. Todo tenía la beatitud de lo inmutable. No había guerras ni revoluciones en el horizonte. La guerra ruso-japonesa tronaba muy lejos con sus armas cor-

tas y no alteraba el sueño de nadie. Era una nota movida y pintoresca de la actualidad. Se podía gozar a plena satisfacción del lujo y los hartazgos, porque aun no se había inventado que todos los humanos tienen igual derecho a los bienes y cosechar placeres mientras otros beben la cicuta de la amargura no es honrado.

Corte vertical en el tiempo, el «Novelario» nos lleva al risueño amanecer de la centuria, cuando los cantos de los pájaros deleitan y nada presiente las inquietudes del mediodía y los dramas crepusculares. Es la fotografía, el cuadro, la música de una edad. Navegante del tiempo, el autor vuelve con su nave cargada de tesoros. Un viento de otro mundo infla las velas y la quilla desprende música de olas que sólo allí podemos oír.—DAVID PERRY B.



«LA ROMANA», novela de *Alberto Moravia*. Ed. Losada, Buenos Aires

Alberto Moravia es el seudónimo de este escritor italiano nacido en Roma en 1907, y cuyo verdadero nombre es Enrique Pincherle. Es autor de varias novelas que según las noticias que se dan en la glosa informativa, han alcanzado un éxito resonante, colocando el nombre de Moravia a la altura de los más famosos escritores de Europa.

Es posible que sean muchos los lectores de «Atenea» que hayan tenido la oportunidad de deleitarse leyendo las páginas apasionantes y fascinadoras de esta obra; mas, es seguro que sean muchos también los que no conocen al autor, ni han leído jamás una pá-